

nidos de ordinario, tenía momentos en que se emancipaba de sí propio y parecía otro hombre. Indignóse de que se le disputara la suma de noventa y cuatro millones gastada para las tropas francesas, de que se le negara un dinero que le hacía tanta falta, de que se le retuvieran sus plazas del Óder y del Vístula, que le fueran tan provechosas para decidirse con más seguridad entre los franceses y los rusos, y sobre todo, de que se le rehusara hasta la facultad de entrar en relaciones ostensibles con el emperador Alejandro. Mucho empeño tenía efectivamente en abocarse sin demora con este monarca; en primer lugar, porque autorizados á entremeterse los austriacos, ya habían enviado agentes diplomáticos á Wilna y á Londres; en segundo, porque anhelaba desviar á los ejércitos beligerantes de la Silesia, y finalmente, en tercero, porque veía en Koenigsberg al barón de Kein, al general York y á los agentes rusos gobernar la provincia, convocar los estados, obrar sin intervención suya y eventualmente en su contra, prescindiendo en suma del soberano, y conducirse como si estuvieran prontos á segregarse de la monarquía prusiana en el caso en que él no se adhiriera á los coligados.

Aturdido Federico Guillermo quería pedir cuenta á Alejandro de estos procederes respecto de un amigo, respecto de un aliado, cuyos infortunios había causado en otro tiempo, y cuyos crueles apuros debía comprender ahora. Al lado de Alejandro quisiera enviar á Mr. de Knesbeck, el mismo á quien encargó el año anterior que fuera á explicar y justificar en San Petersburgo su tratado de alianza con Napoleón, y que, autorizado ó no autorizado, se había excedido con mucho de los límites á que debiera circunscribirse para permanecer leal respecto de Francia. Sin duda Federico Guillermo pudiera despachar á Mr. Knesbeck en secreto, bien que se descubriera muy en breve, pues en la expansión de su júbilo no dejaban los agitadores de Koenigsberg de publicarlo, y se cogiera al rey en infracción de su alianza con Napoleón, y de consiguiente en un mal paso, si se abría la campaña con una nueva victoria de Jena. Así Federico Guillermo hubiera querido alcanzar, además de la restitución de su dinero y de sus plazas, la facultad de enviar un agente ostensible cerca de Alejandro.

A la sazón el monarca de Prusia ofrecía el espectáculo de un rey honrado colocado entre su conciencia y el interés de su corona, y se hallaba cruelmente atormentado por la una y el otro. Aunque poco demostrativo de costumbre, esta vez hizo alarde de más ira aún que la que realmente sentía, manifestando que ya no podía aguantar más tiempo; que se le oprimía; que se le rehusaba lo que se le debía indisputablemente al negarle los noventa y cuatro millones reclamados; que se había contraído respecto de su persona el compromiso de pagarle dentro de tres meses, y eran pasados más de seis desde que se hicieron los suministros; que, reteniendo sus plazas, dadas en prendas hasta que se desempeñase de sus deudas, se violaban los tratados y su territorio, puesto que ya no debía nada; que al disputarle la facultad, propia de toda potencia independiente, de negociar con un Estado vecino, se le trataba como á un príncipe dependiente y falto de libertad para sus determinaciones; que si aún se pudiera protegerle, si se conservara el Niemen ó el Vístula, habría pretexto para estorbar

toda conferencia con Rusia; pero que, habiendo perdido el Niemen, después del Niemen el Vístula, y estando en vísperas de perder el Óder, se resentía de injusto y de fuera de razón el impedirle que negociara, al menos por la neutralidad de su real residencia.

Después de meter gran ruido con estas razones, de manera de preparar una excusa á todo evento, sin publicarlo ni ocultarlo, despachó el rey á Mr. de Knesbeck para el cuartel general ruso, y desde este día se puede decir que cambiaba una alianza por otra. Aún no se había fijado en el mérito de su resolución, no sabía si acertaba ó erraba, si renovar la falta de 1806, si el movimiento á que asistía se asemejaba al que había precedido á la batalla de Jena, y si le seguirían los mismos reveses. ¡Con efecto, es tan arduo distinguir entre lo presente y un pasado que se le parece bajo muchos aspectos, y penetrar en este presente lo que de nuevo ha ocultado la Providencia! Pero Federico Guillermo veía á los franceses retirarse paso á paso del Niemen al Vístula, del Vístula al Óder, á los rusos avanzar en su seguimiento, á sus súbditos llamarle á grandes voces, próxima la cuestión á resolverse de hora en hora sin intervención suya, y no esperando ya de su razón las luces que no podía darle, se puso á aguardar toda luz y toda determinación de los mismos sucesos. Además, su corazón de ciudadano y de rey estaba con aquellos alemanes, que prorrumpían en mil gritos y levantaban mil brazos por la independencia de Alemania, y si aún le retenía algo, sólo era el temor de agravar la esclavitud de esta Alemania que le era tan querida.

Todos los prusianos conocían el secreto de este corazón real y se lo significaban á los rusos. Mr. de Knesbeck no podía menos de repetírselo á Alejandro. Se necesitaba marchar adelante, y obligar al cuartel general francés á retrogradar de Posen á Francfort junto al Óder. Se necesitaba también marchar sobre Varsovia, de Varsovia sobre Cracovia, y envuelta así la Silesia por sus dos extremidades, caería con su rey en manos del emperador de Rusia. Se necesitaba más todavía, se necesitaba avanzar no sólo sobre el Óder, sino también sobre el Elba, librar á la derecha á Berlín y á Hamburgo, á la izquierda á Dresde, y así, además de la Prusia, que se levantaría como un solo hombre, se lograría la libertad de las provincias anseáticas, de Hannover, de Westfalia, que nada más esperaban que una ocasión para insurreccionarse; de Sajonia, que no pedía otra cosa que ser arrancada de la carrera azarosa á que Napoleón la había precipitado, y quizá asimismo de Wurtemberg y de Baviera, y lo que era mil veces más importante, se eximiría á Austria de los vínculos con que la política y un parentesco mal entendido la tenían aún atada.

Los militares reflexivos, y el príncipe Kutusoff á su cabeza, desaprobaban una marcha tan atrevida, porque era imposible dejar á la espalda á Dantzick y Thorn, guarnecidos por treinta mil hombres, á Stettin, Custrin, Glogau, Spandau, custodiadas por otros tantos, sin bloquear al menos estas plazas, en cuyo caso no se podía proseguir la campaña más que con una parte débil de fuerzas. Efectivamente había que dejar delante de las plazas del bajo Vístula cuarenta mil hombres á la derecha, de veinte á treinta mil á la izquierda delante de Varsovia y de los austriacos, y de consiguiente sólo quedarían cincuenta mil para las operaciones ofensivas

contra los franceses, á quienes, empujándolos hacia el Elba, se les prestaría el servicio de obligarles á reconcentrarse, de manera que se debilitarían los coligados al par que se reforzaran sus enemigos. Invencibles aquellos detrás del Niemen, mucho menos junto al Vístula, nada junto al Óder, serían incapaces de vencer junto al Elba. Demencia era por tanto irse á exponer de tal suerte al primer salto de este león irresistible, contra el cual sólo se habían alcanzado triunfos evitando sus embestidas.

Estas razones, nada políticas, si bien militares hasta lo sumo, no hallaban más que oídos rebeldes entre los alemanes entusiastas y entre los rusos entusiasmados á su turno; y verdaderamente hay días, muy raros sin duda, en que la pasión tiene más razón que la razón misma. En efecto, se respondía que los franceses se hallaban encerrados dentro de las plazas y no saldrían de ellas; que los prusianos y veinte mil rusos cuando más bastarían para contenerlos; que á la izquierda estaban los polacos consternados, prontos á aceptar de Alejandro una restauración de su patria, que ya no esperaban de Francia; que los soldados austriacos bebían cotidianamente con los soldados rusos; que se retiraban muy gustosos delante del cuerpo más insignificante encargado de seguirlos; que por tanto se tendrían lo menos ochenta mil hombres para marchar adelante; que no contaba ni veinte mil el príncipe Eugenio; que los veinticinco ó treinta mil franceses reunidos en Berlín se encontraban amenazados por todas partes, y se sostenían á costa de mil trabajos; que la más simple demostración obligaría al cuartel general francés á retrogradar de Posen á Francfort, de Francfort á Berlín, de Berlín á Magdeburgo, y que allí se levantarían millares de alemanes para obligarles á continuar retrogradando; pero que, aun sin pretender ir tan lejos, de positivo libertando á Posen y á Varsovia, dando un paso más para liberar á Berlín y á Dresde, se tendrían al punto cien mil prusianos, doscientos mil al cabo de algunas semanas, y que esta alianza arrancada á Napoleón, asegurada á Rusia é Inglaterra, acabaría de cambiar la faz de las cosas en Europa, y pondría en camino de la revolución política postrera, de la más decisiva, de la que desprendería por fin á Austria de Francia para volverla á unir á la coalición europea.

Todas estas aserciones eran más verdaderas que las creían los entusiastas que las hacían cundir de boca en boca, más verdaderas aún que las podía creer Alejandro, á quien se le repetían cotidianamente. Pero no se necesitaba que lo fueran tanto para arrastrarle: de sobra había con el ruido, con el movimiento que se alzaba en torno de su persona, con las humaredas tan nuevas de la gloria en que se le embriagaba, con el título de rey de reyes que vibraba en sus oídos por todas partes, y sin otros motivos había resuelto que se avanzara. No tuvo que andar Mr. de Knesbeck mucho camino para encontrarle, y le halló en marcha sobre el Vístula. ¿Qué había de decirle? Nada que no supiera Alejandro y ya no se le hubiera dicho; que, dando algunos pasos más, se le unirían Prusia y su monarca.

Alejandro empleó todo el mes de enero en dirigirse por Suwalki, Willenberg, Mlawa, Plock, sobre el Vístula, caminando entre Polonia y la Vieja Prusia. Establecido en Plock del 5 al 9 de febrero, salió para Kalisch, no teniendo que atravesar más que una distancia corta para

hallarse en Breslau al lado de Federico Guillermo. Le habían seguido los guardias rusos y la reserva en número de unos diez y ocho mil hombres. Durante este tiempo, Wittgenstein á la derecha con el antiguo ejército del Dwina, precedido por algunos miles de cosacos, adelantóse sobre Custrin y Berlín á la cabeza de treinta y cuatro mil hombres, dejando detrás en observación de Dantzick y Thorn con diez y seis mil soldados al ejército de Moldavia. Disponiendo á la izquierda Miloradowitch, Doctoroff y Sacken de cuarenta mil hombres, encamináronse hacia Varsovia, y seguían lentamente al cuerpo austriaco, del cual sabían que estaba poco dispuesto á batirse, y muy impaciente por volver á entrar en Galitzia. A las dos columnas de la derecha y de la izquierda les estaba dada la orden de hacer punta de continuo hacia delante, mientras, guiando el emperador Alejandro el centro, aguardaba la hora de entrar en Breslau para echarse á los brazos del rey de Prusia, y mientras el antiguo ejército de Moldavia, á cuyo frente había reemplazado Barclay de Tolly al almirante Tchitchakoff, mantenía en respeto á las guarniciones del Vístula.

Rebasado el príncipe Eugenio á la izquierda por Thorn, á la derecha por Varsovia, no osando desguarnecer á Berlín para llamar á las tropas de Grenier á su lado, no tenía probabilidad alguna de mantenerse en Posen. Medio tuviera de ejecutarlo, si el príncipe de Schwartzemberg hubiera querido retirarse con Reynier y Poniatowski sobre Kalisch. Recibiendo así un refuerzo de cincuenta mil hombres, no temiendo en este caso debilitar un poco el cuerpo que guardaba á Berlín para obrar en Posen algo de importancia, con setenta mil hombres pudiera hacer frente al centro ruso, y deteniendo el centro, detener á la par las alas. Pero el príncipe de Schwartzemberg, que tenía órdenes para no comprometerse, desde que su corte adoptó la política de mediación á las claras, exponía al general Reynier y al príncipe Poniatowski la impotencia en que se hallaba para batirse, y además la inutilidad de ejecutarlo ahora en interés de las operaciones futuras, y les estrechaba á estar preparados á retrogradar más todavía, pues ya no podía permanecer en Varsovia. Invitado á dirigirse á Kalisch, respondió que, teniendo sobre Cracovia, esto es hacia la Galitzia, sus depósitos, sus reclutas, sus almacenes, le era imposible tomar el camino de aquel punto, si bien cubriría á aquellos de sus compañeros de armas que creyeran conveniente maniobrar hacia tal lado. Noticioso de esto Reynier salió para Kalisch acto continuo, por fortuna anticipóse allí á los rusos, y se pudo librar de sus manos á fuerza de sostener muchos combates de retaguardia. Juntando Poniatowski á toda prisa cerca de quince mil polacos y dejando una guarnición en Modlín, no pudo ganar el camino de Kalisch á tiempo, y vióse obligado á seguir al príncipe de Schwartzemberg sobre Cracovia, adonde se había retirado con los restos fugitivos del gobierno polaco.

Informado el príncipe Eugenio de todos estos movimientos, abrazó el partido de abandonar á Posen, y de dirigirse á Francfort sobre el Óder por el camino real de Meseritz. Al mismo tiempo ordenó á la antigua división de Lagrange, formando parte de las tropas destinadas á la custodia de Berlín, que fuera á Francfort á su encuentro. Juntóse á ella con los diez mil hombres

que le quedaban de todas clases, aumentados por la incorporación de cierto número de soldados de la guardia. No considerando mucho más sostenible la posición de Francfort que la de Posen, determinó trasladarse á Berlín, donde podía reunir con las tropas de Grenier cuarenta mil hombres, y mostrar mejor continente que aquel á que se hallaba reducido un mes había. Mientras estaba en marcha, los corredores del ejército ruso á las órdenes de Tettenborn y de Czernicheff pasaron el Óder por Wrietzen, muy cerca de Berlín, asaltaron de improviso á un regimiento de caballería italiana del cuerpo de Grenier, lo destruyeron casi del todo, é hicieron estallar en Berlín una alegría desmesurada.

Saliendo entonces el general Grenier de Berlín con sus dos divisiones de infantería, rechazó á los corredores sobrado temerarios del ejército de Wittgenstein, y volvió á entrar en la capital de Prusia después de aminorar algún tanto la alegría de sus moradores. Si tomara delante de Berlín una posición fuerte, y atrajera el cuerpo del general Lauristón á su lado, mucho más hallándose ya una de sus divisiones en Magdeburgo, y mostrara la firme resolución de venir á las manos, probablemente detuviera el príncipe Eugenio á los rusos, pero temeroso de provocar sucesos decisivos antes de que Napoleón llegara, viéndose rodeado de enemigos, no teniendo más que dos mil y quinientos jinetes, expuesto frecuentemente á no poderse comunicar con Magdeburgo por falta de tropas de á caballo, tomó el partido de venir á asentarse definitivamente junto al Elba, adonde además ya se había visto obligado á replegarse el general Reynier de resulta del movimiento del centro de los rusos. De Berlín salió el 4 de marzo, después de hacer que sus heridos, sus enfermos y su material evacuaran á Magdeburgo. Ya colocado á la cabeza de cuarenta mil hombres, no tenía que temer que su prudencia y sus águilas llegaran á ser insultadas.

Al día siguiente se hallaba sobre el Elba, y terminaba esta larga retirada, comenzada en Moscou el 20 de octubre y señalada por tan extraños y prodigiosos desastres. Nada tenía de que acusarse al príncipe Eugenio desde que tomó el mando, á no ser de circunspección hartamente excesiva, y por otra parte había prestado indisputables servicios. Todos los mariscales y los generales sin tropas, excepto Davout y Víctor, le habían abandonado. Envió al mariscal Davout á Dresde con la división de Lagrange, para recoger al general Reynier que volvía de Kalisch, y para defender los importantes puntos de Torgau y de la capital de Sajonia. Personalmente establecióse en Wittemberg con los diez mil hombres que fueron largo tiempo su único recurso, con las tropas del cuerpo de Grenier, y atrajo sobre Magdeburgo á las tropas del cuerpo de Lauristón, prontas á entrar en línea. Iba, pues, á tener ochenta mil hombres junto al Elba, muchas grandes plazas en buen estado de defensa, y en esta línea ya no podía ser forzado.

Sin necesidad de decirlo se comprende la tumultuosa alegría que al saber la evacuación definitiva de Berlín estalló en toda Prusia. Mucho antes de esta evacuación se enviaron al rey Federico Guillermo emisarios tras emisarios, primero al fogoso barón de Stein, después á un alsaciano de mucha sutileza, el barón de Anstett, cuyo suelo nativo era francés ya hacía largo tiempo, luego á un oficial de crédito sumo entre los patriotas

alemanes, el general Scharnhout, y demostrósele de todas maneras, por las razones morales, políticas y militares, que era menester echarse en brazos de Rusia. Se le dijo que Napoleón estaba vencido; que no podría volver á empezar la larga serie de sus victorias; que, cansada Europa de su yugo, se iba á alzar en masa; que Austria, para declararse, no aguardaba más que la señal de Prusia; que Napoleón no resistiría á semejante muchedumbre de enemigos; que además, agotada y disgustada Francia, no le proporcionaría recursos para efectuarlo; que de esta suerte se desembarazaría de su odiosa dominación al mundo; que, no queriendo Rusia para sí propia más que lo que había poseído antes, iba á restituir la porción del ducado de Varsovia perteneciente á Prusia; que además la restituiría todas las partes de su territorio que reconquistara, y aun prometía no deponer las armas hasta que ayudara á Prusia á reconstituirse del todo. Esto era especialmente lo que podía decidir al rey Federico Guillermo, porque temía que viniese el desaliento después de la pérdida de una batalla, y se le abandonara de nuevo á la venganza de Napoleón, como en Tilsit se le había ya abandonado. Contrayendo el compromiso de no abandonarle, y de sostener una lucha á muerte, se efectuaba lo que debía ejercer más influjo sobre sus resoluciones.

Ante todas estas razones, y todas estas promesas, y el entusiasmo de sus súbditos, rindióse al cabo, diciendo no obstante á cuantos le rodeaban que esto no debía ser cosa de arranque seguido de súbito desaliento como siete años antes, sino que, puesto que se deseaba la guerra, exigía que se hiciese hasta la extinción absoluta, prodigando por sustentarla el último escudo y el último hombre. De consiguiente autorizó á Mr. de Hardenberg para firmar el 28 de febrero un tratado, por el cual se comprometían Rusia á juntar ciento cincuenta mil hombres y ochenta mil Prusia, proponiéndose ambas potencias reunir mayor número muy en breve, á emplearlos contra Francia hasta que Prusia recibiese una constitución más conforme á su antigua existencia y al equilibrio de Europa, á no soltar las armas ínterin este objeto no se lograse, á hacer todos sus esfuerzos por atraer á la causa común al Austria, á entrar concordés en tratos y nunca la una sin la otra. Rusia se comprometía particularmente á emplear sus buenos oficios cerca de Inglaterra, para que concluyera un tratado de subsidios con Prusia.

Mientras contraían estos empeños, ni el rey ni Mr. de Hardenberg se habían atrevido á explicarse francamente con Mr. de Saint-Marsán, y era visible su embarazo ante este ministro de Francia. En el momento en que andaban en tratos ya había evacuado el ejército francés á Posen y á Francfort junto al Óder, y se aprestaba á salir de Berlín.

No inspiraba ya, pues, temores, y ofreciera poco peligro declarar ingenuamente que se aprovechaba la ocasión para rehacer la fortuna del país propio, imprudentemente comprometida en otro tiempo. Pero por un lado Mr. de Hardenberg tenía talento de sobra para comprender que iba á jugar una partida muy azarosa para su patria, y por otro el rey tenía bastante memoria para abrigar igual convencimiento, y mientras el ejército francés no repasara el Elba, casi no osaban confesar lo que acababan de llevar á remate. Por su parte Mr. de

Hardenberg, sentíase tan conmovido que aún decía á Mr. de Saint-Marsán el día 27, víspera de la firma del tratado con Rusia: «Pero haced algo por la Prusia, y nos salvaréis de un cruel extremo.» Sinceridad acreditada al expresarse de este modo, y en el instante de abrazar un partido, que podía ser extremadamente feliz ó extremadamente funesto para su patria, experimentaba las ansiedades de un buen ciudadano. El rey, cuyo carácter honrado no queríamos tachar lo más leve, mostróse todavía menos ingenuo que su ministro, y valiéndose de una astucia poco digna de su persona, fingió irritación suma con motivo de algunos actos recientes de que se acusaba á las tropas francesas. Véanse cuáles eran estos actos. Napoleón había prevenido que se pagase todo; pero, abusando de la situación los prusianos, exigieron al general Mathieu Dumás, intendente del ejército, precios tales que no había posibilidad de admitirlos. Para que se nos negaran víveres autorizaba el patriotismo, si bien no para que sobre su valor se nos hiciera pagar triple ó cuádruple suma. De consiguiente Napoleón anuló los ajustes, y dispuso que las plazas del Óder se aprovisionaran como estuviera á su alcance, cogiendo en torno de ellas lo que fuera imposible adquirir comprado. No dejaron los gobernadores franceses de Stetin, de Custrín, de Glogau, de cumplirlo á la letra, y se apoderaron á algunas leguas á la redonda de ganados, granos, leñas y de cuanto les hacía falta. Finalmente, el príncipe Eugenio, allí donde dominaban sus tropas, impidió los alistamientos en masa, como evidente infracción de los tratados que ligaban á Prusia con Francia y limitaban la extensión de sus armamentos. Verdaderamente, al lado de lo que estaba pasando durante veinte años de guerras encarnizadas, guerras provocadas en 1792 bien gratuitamente por Prusia, lo cual debía tener muy en la memoria, no constituían los tres hechos que acaban de ser citados un motivo formal que pudiera alegarse para la ruptura de una alianza. Más sencillo y más decoroso fuera decir que, vencidos y oprimidos por largo tiempo, se hallaba la ocasión de triunfar y de sacudir la coyunda, y se aprovechaba anhelosamente. Pero seamos justos á nuestro turno, y convengamos en que el oprimido tiene contra el opresor el derecho de la astucia. Pierde su dignidad al usarlo, pero no falta á nadie. Afectando Federico Guillermo el 28 de febrero, día de la firma del tratado con Rusia, una irritación que, si era sincera, provenía del miedo que experimentaba al abrazar un partido tan grave, exigió que se dirigiera á Mr. de Saint-Marsán una nota donde perentoriamente y con intimación de responder acto continuo, se nos pedía cuenta de los últimos actos imputados á los franceses. No pudiendo Mr. de Saint-Marsán responder por sí mismo, envió la nota á París con un correo extraordinario.

Pero ya no se procedía á las calladas, ni había posibilidad de hacerlo, y la alegría de los patriotas agolpados en Breslau, rodeando al monarca y felicitándole públicamente por su conducta, no dejaban la duda más leve sobre la resolución adoptada. Además, una serie de providencias significativas del todo vinieron á hacer casi oficial la ruptura con Francia. Dióse curso forzado de moneda al papel del Estado correspondiente á nuestros bonos del Tesoro; se decretó la formación de un grande ejército prusiano en Silesia, confiriendo

el mando en jefe al ilustre general Blücher, que siempre había manifestado el más noble pesar de resultas de la servidumbre de su patria, y nombrando por jefe de estado mayor al general Scharnhorst, que había contribuido más que otro alguno á estimular al monarca; finalmente, se dió por terminado en ventaja del general York el proceso que se supuso formarle y que en realidad no empezó nunca, declarándosele inocente y reintegrándole en el mando de las tropas, cuya defección había efectuado: llamados fueron los oficiales prusianos que, después de la alianza con Francia, llevaron su patriotismo indignado á Rusia como los generales Gneisenau y Clausewitz, y halagóseles con grados y se les colmó de recompensas.

Tras de tales manifestaciones no había ya para qué imponerse coacción alguna, y así la entrevista de los dos soberanos recientemente aliados tuvo lugar el 15 de marzo. Acompañado Alejandro de Mr. de Nesselrode y de una multitud de generales, entró en la capital de la Silesia, y entre los aplausos del pueblo y las aclamaciones de las tropas arrojóse á los brazos del amigo sacrificado en Tilsit tiempo antes, y vuelto á hallar últimamente en el desastre de Moscou. Retenido en su cama por horribles dolores el fogoso y generoso barón de Stein, no se encontraba allí para presenciar un suceso que era obra suya. Tres días fué la ciudad iluminada, y por lo demás cuidó el rey de que rodeara la casa de Mr. de Saint-Marsán su propia guardia, á fin de preservarle de toda ofensa. Durante la permanencia de Alejandro en Breslau, Mr. de Hardenberg, que no había cesado de guardar con Mr. de Saint-Marsán un silencio triste, pero tan expresivo que ya no era silencio, rompió el 17 de marzo, enviándole la declaración de guerra á Francia, y después de prodigarle toda clase de cumplimientos personales, dejó á su elección que partiera cuando fuese de su agrado.

Ocioso es afirmar que este suceso, aunque previsto, produjo inmenso efecto sobre Alemania y sobre Europa. Más que nunca manifestaron los patriotas alemanes su júbilo y sus esperanzas. Según ellos, Sajonia, Baviera, Wurtemberg, todos los príncipes, á quienes se llamaba esclavos nuestros, debían imitar la conducta de Prusia y tomar parte en la coalición general sin demora. Con el deseo de acelerar este resultado, los coroneles Czernicheff y Tettenborn, dejando al cuerpo de Wittgenstein el cuidado de seguir la retaguardia del príncipe Eugenio sobre Magdeburgo y Wittemberg, bajaron el Elba con sus cosacos para ir á remanecer á la parte de Hamburgo, y procurar, de acuerdo con las flotillas inglesas, el levantamiento de aquellos franceses anseatas, que eran franceses á pesar suyo, y sólo anhelaban la ocasión de dejar de serlo. Al propio tiempo las vanguardias del ejército ruso del centro, que habían pasado el Óder, fueron encaminadas hacia Torgau y Dresde, para tratar de hacer que se decidiera Sajonia, y para influir sobre ella por los medios que tan perfectamente habían probado respecto á Prusia.

Inquieto el príncipe Eugenio por Dresde al retirarse sobre el Elba, se apoyó á la derecha en vez de apoyarse á la izquierda, y llevó su centro á Wittemberg en vez de llevarlo á Magdeburgo. De resultas de este movimiento hallóse Hamburgo al descubierto, pues ya se sabe la distancia que hay desde Magdeburgo, situado

muy cerca de la embocadura de este río, tomando como tomamos la línea del Elba desde el mar hasta las montañas de Bohemia. De consiguiente los coroneles Tettenborn y Czernicheff corrieron con nueve ó diez mil cosacos, apoyados por alguna infantería ligera, hacia Lubeck y Hamburgo. Por su parte los ingleses habían rehecho en la isla de Heligoland un establecimiento, y acumulado allí armas, municiones y material de guerra de todas clases. Llenas estaban con sus flotillas las bocas del Elba. No se necesitaba tanto para poner en fermentación las cabezas ya muy inflamadas de los habitantes de Hamburgo. A la sazón retirábase con dos mil hombres á esta ciudad desde la Pomerania el general Morand, no el célebre Morand del cuerpo de Davout, sino un veterano jefe del mismo apellido, valeroso, si bien enfermo por desgracia. Asaltado fué de pronto, mortalmente herido, y apresado con parte de su escasa tropa. De otro lado el general Lauristón, enviado por Osnabruck, Hannóver y Brunswick sobre Magdeburgo, estaba aún á cuarenta leguas de distancia.

En Hannóver se hallaba el general Bourcier en medio de los depósitos de su caballería. Ni para atajar á los cosacos, ni para contener á la población eran suficientes las tropas residentes en Hamburgo. Las autoridades francesas que el 24 de febrero anterior fueron muy maltratadas, y vieron á los aduaneros, á los recaudadores de contribuciones indirectas, á los agentes de policía apaleados, saqueados, expulsados, con el temor de sufrir ahora tratamientos aún más funestos, evacuaron á Hamburgo, entregando la ciudad á las autoridades municipales y retirándose hacia Brema. Al punto acudieron los cosacos de Tettenborn en medio del general alborozo, y recibieron las llaves de la ciudad para presentarlas al emperador Alejandro. De sus cargos hicieron dimisión las autoridades municipales formadas por los franceses, y fueron reemplazados por el senado antiguo. Inmediatamente creóse una legión llamada de Hamburgo, componiéndola todos los hombres de buena voluntad y dispuestos á armarse por la causa alemana. Equipada fué á expensas de los ricos hamburgueses, quienes en pocas horas cubrieron una fuerte subscripción abierta para subvenir á este gasto. Se hizo señal para que se acercaran los ingleses, y llegaron efectivamente muy pronto con buques cargados de azúcares, cafés y algodones. Esto era duplicar el júbilo que su aparición producía, pues á la satisfacción de ver alejarse una autoridad extranjera detestada, se añadía la de ver el bloqueo continental abolido y abiertas nuevamente las vías del comercio. No sabían los infelices hamburgueses á cuan repentino cambio de fortuna se exponían con esta manifestación imprudente.

Sobre el alto Elba, en Sajonia, en Dresde, notóse el mismo movimiento á la aproximación de las tropas rusas y prusianas.

El infortunado Federico Augusto, rey de Sajonia, muy adicto hasta entonces á Napoleón, pues le había colmado de favores, y restituido la Polonia, empezaba á conocer que no estaba cortado para ambición tanta, bastándole verdadera y únicamente el reposo, el amor de sus súbditos y las prácticas religiosas. Así, aun doliéndole mucho, estaba pronto á renunciar á Polonia, con tal de que se le conservase su Sajonia amada, según la poseía antes de las grandezas con que Napoleón le

había abrumado. Sin mostrar menos adhesión á Francia después de los últimos sucesos, había elegido no obstante un consejero que guiara su debilidad por aquel laberinto de circunstancias prodigiosas, y creyó hacer la mejor elección posible, dirigiéndose al emperador de Austria, esto es, al suegro, al aliado de Napoleón. Desde luego esforzóse Mr. de Metternich por atraerle á aquel partido de príncipes alemanes, á cuya formación se aplicaba, y cuyo objeto era pacificar á Europa, colocándose entre Rusia, Inglaterra y Francia, y obligándolas á aceptar una paz germánica del todo. Con razón se dijo á Federico Augusto que no era hacer traición á Francia, sino por el contrario prestarle un servicio y llenar los deberes de buen alemán al propio tiempo, el trabajar por restablecer la paz sobre la base de una Alemania independiente, fuerte y respetada. No vaciló en seguir este rumbo, por cuyo motivo sólo respondió de una manera evasiva á las reclamaciones del ministro de Francia, que ya le pedía provisiones, ya reclutas, ya caballería. Para substraerse á tales instancias, hizo valer sus apuros, las malévolas disposiciones de sus súbditos, y finalmente la imposibilidad de ejecutar lo que se le exigía en el término señalado. Habiendo vuelto su cuerpo de tropas á las órdenes del general Reynier sobre el Elba, acantonó en Torgau, y allí, bajo pretexto de llenar sus bajas, le puso aparte en una plaza fuerte, para esperar en una especie de neutralidad, semejante á la del príncipe de Schwartzenberg, las direcciones de la política austriaca. Por lo que hace á su caballería, compuesta de mil doscientos soberbios coraceros y de otros tantos excelentes húsares y cazadores, cuyo envío requirió Napoleón imperiosamente, nególa de una manera rotunda. Para inspirarle el valor de lanzarse á tal negativa, necesitóse de un miedo todavía más enorme que el que Napoleón le infundía, y este miedo fué el de los cosacos, cuya presencia en todas partes hacía temblar hasta á los aliados de los rusos. Aguardando á cada instante ver asomar á aquellos cosacos, tan espantables desde lejos, determinó colocarse en medio de sus jinetes é ir con su familia á lugar seguro, dejando su infantería en Torgau, y sus Estados á quienes quisieran ocuparlos alternativamente.

Con semejantes disposiciones, bastaban la defección de Prusia y la aproximación de la vanguardia de los rusos para que este príncipe se decidiera á realizar el proyecto de fuga preparado tan de antemano, á pesar de las representaciones del ministro de Francia, Mr. de Serra, que se esforzaba por demostrarle la inconveniencia de su partida y el peligro de abandonar á sus súbditos, que se iban á entregar inevitablemente á las pasiones reinantes y á inferir agravios á Francia, de que serían castigados muy pronto, y de cuyas resultas sufriría también su persona, se puso en marcha dejando á Dresde en manos del mariscal Davout, dejando sus objetos más preciosos y menos transportables en la fortaleza de Königstein, llevando finalmente consigo su tesoro y su numerosa familia en medio de tres mil hombre entre jinetes y artilleros. Retirarse hubiera podido á Bohemia, donde llegara en algunas horas á un territorio neutral é inviolable á la sazón para todas las potencias beligerantes. No se atrevió á ello, ni lo hubiera querido la corte de Austria, á fin de no descubrir la secreta liga que aspiraba á formar en ocasión harta

prematura. Por Plauen y Hoff dirigióse á Ratisbona, á territorio del rey de Baviera, á quien asediaban iguales apuros. Su designio era permanecer en Baviera ó lanzarse á Austria, según dieran de sí los sucesos. Mr. de Serra invitóle á ir á Francia, pero un paso de esta especie le perdiera á los ojos de los alemanes, y además fuera contrario á la idea de la mediación de Austria, y así no aceptó el convite.

Apenas partió de Dresde asomaron en las cercanías de esta ciudad los rusos. En Torgau se había encerrado la infantería sajona, declarando que no quería salir de allí para cooperar á la defensa del Elba. Para defender el curso superior de este río tenía el mariscal Davout la división francesa de Durutte, único resto del cuerpo de Reynier desde que lo habían abandonado los sajones, y además algunas tropas que le había enviado el príncipe Eugenio, y finalmente, los segundos batallones del cuerpo suyo recién organizado en Erfurt. Apresuróse á ir á Dresde en persona, y adoptó las providencias que exigían las circunstancias, como militar probo, si bien inexorable, no haciendo ningún daño inútil, pero mandando sin compasión todo el mal necesario. Recorrió las márgenes del Elba, dispuso la destrucción de los molinos, de los bateles y barcas, á pesar de los gritos de los aldeanos sajones, y llegado al magnífico puente de piedra que une en Dresde las dos ciudades, la nueva y la vieja, hizo minar y saltar dos arcos, sin hacer caso de los grupos de los habitantes, ni de sus amenazas y sus clamores. En seguida se puso á la cabeza de sus tropas con el fin de recibir á los rusos, si trataban de forzar el paso.

Estas medidas de defensa vinieron á ser uno de los agravios más violentamente alegados en toda Alemania. Se compusieron grabados groseros, representando el puente de Dresde destruído por aquel á quien se llamaba el feroz Davout en el Norte, y se esparcieron á miles por las ciudades y los campos. «Véase, se decía, cómo tratan los franceses á sus más fieles aliados, los sajones, que acaban de batirse denodadamente por su causa, mientras que, arrojando sus armas, se daban los franceses á la fuga.»

Esta nueva excitación, producida por la defección de Prusia, se hizo sentir naturalmente en Viena, á pesar de la distancia y de la habitual quietud de esta capital. Aunque penetrada por algunos espíritus perspicaces la profunda política de Mr. de Metternich y del emperador Francisco, se escapaba á las gentes apasionadas de la corte, del ejército y del pueblo. Sólo veían una culpable lentitud en segregarse de Francia y en sacudir los funestos empeños contraídos al celebrarse el matrimonio de Napoleón y María Luisa. Extremado era el desencadenamiento de esta parte del público austriaco. Entre quienes más animación se notaba había que contar á la emperatriz misma, princesa de Módena, y, lo que todavía es más sorprendente, al archiduque Carlos, comunmente tan cuerdo, y sobre todo tan mesurado al tratarse de Francia.

Pero sintiendo este príncipe fermentar en el fondo del corazón su patriotismo alemán, resentido profundamente por otro lado de que su hermano el emperador Francisco le hubiera excluido de toda participación en los negocios, aprovechaba de muy buen grado todas las ocasiones de censurar al gobierno, y sin duda procedía

con sinceridad ahora, pues era de los que desearan una conducta más clara y más ingenua. Se avanzaba hasta el punto de atribuirle una especie extraña por lo atrevida, asegurándose haber expresado que, si el emperador Francisco había contratado un matrimonio que á su política pusiera trabas, y que si las afecciones de padre le impedían cumplir sus deberes de soberano, menester era que abdicase y cediese la corona á un miembro de la familia más libre de sus acciones.

Tan grande era la exaltación que Mr. de Metternich hubo de concebir algunos temores respecto de su persona, y que el gobierno se vió obligado á decretar algunos arrestos, aun entre los personajes de viso, tales como Mr. de Hormáyer, uno de los más altos empleados de la cancillería austriaca, aquel por cuyo conducto se entablaron con el Tirol comunicaciones secretas. Efectivamente, no era del gusto del emperador ni de Mr. de Metternich lo acontecido en Alemania. Ante todo no les convenía excitar el espíritu público tan vivamente como se estaba haciendo, ni aceptar el yugo de las masas populares para sacudir el de Napoleón. Alejandro les parecía un príncipe imprudente, embriagado por triunfos á que no estaba acostumbrado, y Federico Guillermo, un príncipe débil, manejado ahora por sus súbditos como seis años antes por su esposa. Ni el emperador ni Mr. de Metternich se recataban de emitir este juicio. Además, esta manera impetuosa é irreflexiva de obrar no era la suya. De las manos de Napoleón querían salir sin ponerse en las de Alejandro, y de todos modos no exponerse á tornar á caer más duramente que nunca por consecuencia de una guerra locamente emprendida é insensatamente hecha. Lejos estaban de considerar á Napoleón destruído, y como en 1806, esperaban verle desembocar de una manera fulminante de los desfiladeros de Turingia, y castigar á los imprudentes que tan de cerca se acababan de exponer á sus golpes. Ya que no cierto, este resultado era posible al menos, y á sus ojos esta razón bastaba para que no se debiera andar tan de prisa, sobre todo para no comprometerse antes de que se hallase reconstituido el ejército austriaco, y aun para que se prefiriera el recurso de una mediación, á beneficio de la cual se rehiciera la situación de Alemania, sin correr el peligro de una guerra con Francia.

Desde este punto juzgaba el gabinete austriaco harto aventurada la conducta de Prusia y muy temerarias las demostraciones alemanas; y también desde este punto de vista no cesaba de darnos consejos de prudencia y de moderación, y admitiendo que hiciéramos aún una campaña vigorosa, nos suplicaba que de nuestros triunfos futuros no aspiráramos á sacar otro resultado que una paz inmediata, equitativa y aceptable para toda Europa.

Así desconsolóse al vernos, tanto en la memoria dirigida al senado para hacer nuevos alistamientos como en el discurso imperial pronunciado el 14 de febrero, anunciar voluntades absolutas, ya respecto de España, ya respecto de los departamentos anseáticos, ya respecto del gran ducado de Varsovia, pues esto era imposibilitar la mediación de que se había encargado. Repetidamente y á la larga explicóse sobre ello con Mr. Otto, nuestro ministro en Viena. Hablándole del discurso imperial, le dijo: «Mucho admiro el orgullo de lenguaje